

*La  
hora  
de  
papel*

Por,

José Antonio Córdoba Fernández

Cada mañana acudía a la parada del autobús, que estaba a escasos cinco minutos de su apartamento, en el casco antiguo. Después de tomarse su primer café en uno de los bares de la plaza, solía acercarse a las escalinatas de la Catedral de Sta. María y S. Julián, y sentarse a esperar la llegada del transporte público.

Ángela era una mujer de elegante porte, estatura media, siempre vestía con cierta y presumida elegancia.

Cada día hacía el mismo trayecto tanto para ir a la parada como de regreso a casa, salvando las ocasiones que algún compañero o compañera la acercaba en auto hasta la Plaza Mayor.

Había crecido entre aquellas calles del casco viejo, escuchando de sus abuelos historias de intrigas y aventuras de los nobles que habían habitado Cuenca en otros tiempos. Muchas de esas historias las revivía cuando caminaba por aquellas calles del casco antiguo.

Pero como es caprichoso el Destino, éste se interpuso en aquella habitual rutina suya.

Una tarde de junio, antes de bajarse del autobús el conductor le recordó que a partir del día siguiente, la parada se trasladaba al número 2 de la calle San Juan. Ante la cara de asombro de ella, el hombre le señaló una nota informativa colocada en los cristales del autobús. Ella se encogió de hombros, no se había percatado, ni prestado atención a dicha nota.

—*¡Será una broma del chofer!* —Dijo en voz alta, entre escandalizada e indignada, y algunos viandantes la miraron con cierto reparo.

Su parada para todo el verano iba a estar justo frente a la fachada de un edificio que le daba tirria.

—*¡Ni más para arriba, ni más para abajo! ¡Joder, ya podían haber elegido el parking de Santo Domingo para la puñetera paradita!* —hablaba en alto mientras iba hacia su apartamento.

Pero no había lugar a dudas y menos aún, cuando al llegar a la altura de la parada del autobús en la Plaza mayor, vio al personal de la empresa de autobuses urbanos plastificando los postes de señalización y colocando un cartel donde se informaba de la parada provisional hasta que finalizaran las obras en calle Alfonso VIII.

Los días fueron pasando y la nueva parada no ofrecía nada en particular para ella, salvo su ubicación y la sensación extraña que sentía frente al edificio en el cual se encontraba la Puerta de San Juan. Un pasaje que descendía hacia la vega del río.

Una mañana, mientras esperaba la llegada del autobús, se percató de que en la única ventana que había a pie de calle, bajo un tupido velo de polvo, se escondía un escaparate. Sin saber como estaba frente a la misma. Manteniéndose a una distancia prudencial, pudo comprobar que aquel lugar tuvo que ser en otro tiempo una librería. Alzó la vista y recorrió con la mirada toda la fachada. Cada una de las ventanas y balcones del primer piso, mostraban los signos de que hacía años que allí no vivía nadie.

Con la rutina fue perdiendo el miedo, y cada vez se acercaba más a aquel peculiar escaparate, con la intriga de ver que había al otro lado. Para su sorpresa, allí había libros de todos los tipos, temas e incluso de ediciones tan recientes como muy antiguas, algo que dedujo por el amarillento de las portadas o de las propias hojas.

Aquella mañana, tras mirar el reloj del móvil, se percató de que el autobús llegaría nuevamente con retraso, así que se asomó tranquilamente al escaparate. Entretenía el tiempo de espera leyendo los títulos, autores y editoriales de los volúmenes allí expuestos. No le prestaba más atención que el mero ejercicio de soportar la espera del dichoso autobús. Cuando se fue a dar la vuelta para alejarse, se percató de un pequeño libro de bolsillo, que en la esquina izquierda de la estantería más alta, parecía querer pasar desapercibido para los

curiosos, algo en lo que parecía haber tenido éxito, pues tenía aspecto de llevar algunas décadas en aquel escaparate, como si formase parte de la decoración del lugar.

Entonces el ruido característico del autobús, maniobrando un poco más arriba para dar la vuelta, la sacó de su ensimismamiento, se giró y volvió a su rutina, subiendo al transporte urbano.

No volvió a reparar en el citado libro hasta que una tarde paseando, sin rumbo fijo, pues había tenido una mañana complicada en el trabajo, mientras su vida sentimental era un tsunami, así que necesitaba desesperadamente pensar y aclarar algunas ideas. Cuando se vino a dar cuenta estaba parada frente al escaparate, que para su asombro, estaba iluminado. Aunque aquella iluminación realzaba, aún más, su aire tétrico. La verdad es que, las veces que había pasado por allí de noche, nunca había reparado en aquella ventana. Se acercó y esta vez, su mirada fue directamente a buscar aquel pequeño volumen.

Sobre la portada, en letras curvas de caligrafía manual, se podía leer, «La hora de papel» “Extraño título”, pensó. Y para más sorpresa, no había un autor que firmara aquel ejemplar.

Tras una revisión más detenida identificó unos trazos en la portada, que parecían ser la silueta de una mujer desnuda, pero que el papel y el tiempo allí expuesto casi habían difuminado.

*—Es un ejemplar especial, señorita. —Una voz grave resonó a su espalda.*

El sobresalto la dejó casi inmóvil. Al girarse, se encontró con la figura de un hombre de avanzada edad, con aspecto desaliñado. Su mirada, hizo reaccionar al hombre.

*—¡No tema señorita! ¡Estece tranquila! También me gusta leer, yo en otro tiempo fui... - Enmudeció, como si sus siguientes palabras no fueran a tener sentido para su oyente-, es un ejemplar extraño, el dueño del negocio nunca lo ha querido vender, siempre me decía que aún no había llegado su dueña. A veces pienso que esperaba en vano que volviera aquella joven que posó, desnuda, para la portada.*

Tras el sobresalto inicial, ella permanecía impávida contemplando a aquel hombre, quien tras aquellas palabras se acercó al cristal del escaparate, pegó la frente al mismo y susurró mirando al libro.

*—¡Lo mismo es ella, quien te compre! ¡Suerte la que tendrías de acabar en tan delicadas manos, viejo amigo!* Y con la misma, se marchó sin mirar a la mujer que permanecía allí parada.

La algarabía de unos niños pasando junto a ella atrajeron su atención, cuando alzó la vista nuevamente, el hombre había desaparecido. Se giró hacia el escaparate, miró nuevamente aquel pequeño volumen y se encaminó para casa. Pero en su cabeza no dejaban de sucedérles simultáneamente, la figura de aquel anciano y el título del libro «La hora de papel»

Durante varios días estuvo investigando por internet, contactó con varios escritores conocidos de ella y otros tantos librerías, pero sobre aquel volumen todos negaban la existencia del mismo, a no ser que se tratara de una autopublicación y por los resultados, sin ningún éxito de ventas.

La mañana de un miércoles de agosto, se disponía a subir al autobús, cuando escuchó una campanilla e instintivamente miró hacia la ventana de la librería. “¿Cómo, aún está abierta al público?”, se dijo. Fue a bajarse pero el tiempo, así como la mirada del conductor, eran implacables. Por lo que tomó asiento y miró por el cristal del vehículo, pero solo pudo distinguir una sombra que se perdía en una pequeña puerta en el mismo pasaje de la Puerta de San Juan.

Algo en su interior le carcomía, era mitad miedo y el resto intriga. Al comentárselo a una compañera, ésta insinuó entre risas que aquello que sentía era hambre, pero ella sabía que algo la había enganchado para hacerse con aquel libro.

A media mañana habló con su jefe, le pidió el resto de la jornada libre para resolver unos asuntos familiares. Llamó a su amiga Marisa por teléfono para que la recogiera, tenía

que contarle algo importantísimo y era muy urgente –en verdad, no quería ir a aquel lugar, sola-, su amiga, accedió, no se hizo de rogar y le confirmó que en media hora la recogía.

Tras aparcar el coche, las dos mujeres se encaminaron a una cafetería casi al final de la calle San Juan. Mientras tomaban café, Ángela fue poniendo en antecedentes a Marisa, esta última menos aturdida que su amiga, preguntó al camarero por el dueño de la librería que había junto a la Puerta de San Juan y, si la misma seguía abierta. El camarero le indicó que aquel lugar debía de ser como mínimo, milenario. Desde pequeño había escuchado a su abuelo, el fundador de la cafetería, hablar de la librería y en alguna ocasión decía que, Ramón y su librería estaban ahí desde los tiempos de Alfonso VIII.

—¿Ramón? —Preguntaron las dos a la vez.

—*¡Si, Señoras! Ramón, es el dueño. Y a ciencia cierta, por aquí no sabemos cuántas reencarnaciones ha sufrido.* —Afirmó el camarero entre carcajadas.

Tras el café, las dos mujeres fueron caminando calle arriba hasta llegar a la ventana de la librería. Ángela mostró a Marisa el libro en cuestión, después se asomaron al pasaje de la Puerta de San Juan y vieron que la puerta que daba acceso a la librería estaba a medio encajar. Se miraron unos segundos y finalmente decidieron entrar.

El lugar era un verdadero paraíso en libros, no había un lugar que no estuviera cubierto de libros, se adentraron por el angosto pasillo que hacia una especie de círculo que llevaba nuevamente a la puerta, eso sí, pasando por el escaparate. Cuando ambas pasaron por delante del mostrador, dieron los buenos días, pero no hubo respuesta, así que continuaron buscando el escaparate. Una estantería con varias baldas repletas de libros hacían de trasera del escaparate. Allí vieron el libro, incluso desde dentro parecía como si no desease ser visto. Pero Ángela iba a su caza y con las mismas fue a cogerlo...

—*¡Señoras, ese libro no está a la venta! Así que, por favor, absténgase de tomarlo.*

Un joven de aspecto corpulento, melena copiosa y vistiendo un mandil de color bermellón, las miraba seriamente.

—*¡Estoy encantado de presentarles cualquier libro de este establecimiento, menos ese!*

—*¿Y se puede saber el motivo de no estar a la venta?* —El joven se encogió de hombros, en señal de desconocer el motivo exacto.

—*El propietario dice que ese libro solo podrá retirarlo su propietaria.*

—*¿Entonces está vendido?* —Intervino Marisa.

—*¡No, que yo sepa!* —Respondió secamente el joven.

—Entonces no lo entiendo. —Replicó Ángela.

—*Yo llevo aquí tres años y nadie ha venido por él! Ustedes son las primeras personas en este tiempo que se han interesado por él. Si quieren saber más, esta tarde está el dueño aquí y podrán preguntarle sobre el libro.*

Las mujeres se despidieron del joven y abandonaron el lugar.

Las amigas se asomaron al otro extremo del pasaje desde donde se divisaba el río. Estuvieron casi veinte minutos hablando de lo extraño de aquel libro, además de ponerse al día en otros temas. Después volvieron a la calle y con un abrazo se despidieron.

Ella estaba decidida a hacerse con el libro. A media tarde se presentó nuevamente en la librería. Al cruzar la puerta, pudo ver en el mostrador a un hombre de avanzada edad quién leía los lomos de unos ejemplares, disponiéndolos en distintas pilas que tenía a su lado. Ella le dio las buenas tardes, el hombre respondió cortésmente sin levantar la cabeza de su quehacer.

Ángela caminó distraídamente por entre los libros y al llegar junto al escaparate, miró el libro, después se giró hacia el mostrador, pero allí no había nadie. Se empinó y con sumo cuidado tomó el ejemplar.

Se apartó un poco del escaparate para no llamar la atención del dueño, si éste aparecía. Estuvo unos instantes acariciando el libro, instintivamente le pasó los dedos por la portada

pensado que así podría limpiarla, pero al mirarse los dedos no había una mota de polvo, lo que la asombró. Miró la trasera y no había nada escrito, así que lo abrió a la mitad.

—*¿Cómo?* —Su reacción casi se convierte en un grito.

Comenzó a pasar las páginas hacia el principio, hoja tras hoja en blanco, hasta que encontró algunas escritas, pero a mano. Aquella letra le resultaba familiar, aunque pudo distinguir fácilmente que era de mujer. Fue leyendo párrafos sueltos de distintas páginas. Estos contaban la historia de una joven; de una parada de bus frente a una antigua librería; de la insistencia de la joven por hacerse con un ejemplar prohibido, pero lo que más le llamó, fue una nota oculta entre las páginas.

*«Tú que estás leyendo estas letras, y seguramente, lo habrás hecho, saltándote páginas, habrás encontrado que la protagonista y tú, tenéis mucho en común»* Isabella.

—*¡Hola Isabella!* —Escuchó a su espalda, y casi se le cae el libro de las manos al verse sorprendida.

Al girarse, se encontró de frente con aquel anciano de días atrás, el que la sorprendió como hoy, pero al otro lado del escaparate, en la calle.

—*¡Perdone Señor! Debe Usted de estar confundido, no me llamo Isabella.*

Pese a ser la causante del delito, buscaba con la mirada el auxilio del librero, al que no vio por ninguna parte.

—*¡Discúlpeme, Señorita!, creo que la confundida es Usted.*

—*¿Me permite que le aclare?* —Le dijo a la vez que extendía sus arrugadas manos temblorosas para tomar el libro.

Él esperaba pacientemente con las manos extendidas hacia ella, a que decidiera entregarle aquel pequeño ejemplar. Ángela volvió a buscar con la mirada al librero, sin éxito, así que finalmente cedió entregando el libro al anciano.

—*¡Hola Isabella!* —Dijo acariciando con las yemas de los dedos, suavemente, el dibujo de la portada

—*¡Señorita!, ha buscado al librero en dos ocasiones, sin reparar en que lo tiene delante de Usted.* —Le habló el hombre sin levantar la vista de la portada.

Ángela se quedó muda, pues pensaba que aquel hombre era un mero vagabundo.

El anciano cerró de pronto el libro, la miró y clavándole la mirada, le dijo.

—*¿Me acompaña Usted? ¡Por favor!* —Y con el libro contra el pecho se dirigió hacia el mostrador.

Ella permaneció unos segundos pensando si seguirle o salir corriendo. Pero la intriga superaba a su miedo, así que se fue acercando lentamente al mostrador. Cuando pasaba frente a la puerta de salida le invadió nuevamente la idea de dejar aquel sitio, pero algo dentro de ella la empujaba hacia el mostrador, donde acabó finalmente.

El anciano volvió de la trastienda con una silla plegable de madera, y sin soltar el libro se la entregó para que la abriera y tomara asiento.

—*¿Un café?* —Ella negó con la cabeza.

El librero entró nuevamente a la trastienda y a los pocos minutos volvió con una bandeja en la que había dos tazas humeantes de café, un plato con unas galletas, dos vasos de agua y el libro. La depositó en la esquina del mostrador, cerca de donde estaba sentada la Ángela, entonces él también tomó asiento frente a ella.

Tomó su taza de café, la olió y tomó un largo trago, depositándola nuevamente en su platillo. Después cogió el libro y en silencio lo comenzó a ojear, mientras Ángela permanecía inmóvil cual estatua. Entonces encontró la nota, la extrajo y la leyó. Abrió un cajón del mostrador y tomando una cuartilla y un lápiz, se los entregó a ella.

—*¡Joven, le importaría escribir el nombre de Isabella, con dos "l"!* *¡Por favor!* —La mirada del anciano, ahora derrochaba ternura y ella accedió sin entender.

Cuando hubo terminado dejó el papel y el lápiz en el mostrador. El anciano tomó la cuartilla y la colocó sobre la nota. Una sonrisa se dibujó en sus arrugados labios, después depositó sobre el mostrador las dos hojas. Ángela se inclinó para verlas, y para su asombro, las dos escrituras eran idénticas. Al ver aquello, el corazón le dio un vuelco.

—*¡No lo entiendo! ¡Será coincidencia! ¡Qué se yo...!* —Repetía con la voz entrecortada al anciano.

El librero tomó el vaso de agua de la bandeja y se lo entregó a la mujer, quien lo apuró de un sorbo.

—*¡Señor, debe ser una coincidencia! ¡Nunca, hasta esta mañana había entrado aquí! ¡Yo no he dejado esa nota dentro del libro!* —Él alzó la mano indicando que se calmara.

—*¡Querida niña! ¡Querida Ángela!*

—*¿Pero como sabe Usted mi nombre?* —El anciano no respondió.

—*No te apures de lo que a continuación te contaré, porque tú y yo nos hemos cruzado infinidad de veces a lo largo de tu vida.* —Hizo una pausa y volvió a tomar de su café.

—*Era yo un chiquillo -comenzó a hablar el hombre en un tono suave, melodioso- de apenas doce años, mi padre ya tenía esta librería, que es un negocio de varias generaciones. Por aquel verano vinieron a vivir a este edificio una familia, un matrimonio con dos hijos, niño y niña. Mi familia vivía justo encima de la librería, y los recién llegados alquilaron el piso superior. No tengo que insinuarle que al ver a aquella niña, mi corazón dio un vuelco.*

—*¿Isabella?* —Le interrumpió ella.

—*¡Sí! Aquella joven se llamaba Isabella, de piel clara, pelo rubio como ese oro envejecido y casi de mi altura. Entonces aún yo no había dado el estirón, ni después tampoco* —dijo en tono humorístico— *Con el paso de los meses, de coincidir en el colegio, de jugar y, sobre todo, de perdernos horas y horas entre los libros de este lugar, algo surgió entre nosotros. ¡Tranquila, no entraré en detalles!* —Esta vez, sonrió ella por primera vez desde que entrara

por aquella puerta- *A ella le gustaba leer, escribir y a mí, yo era un apasionado del dibujo. No sé si fue amor lo que sentí por ella, o lo que ambos experimentamos. Pero algo es seguro que nos unió.*

El hombre guardó silencio mientras terminaba de disfrutar del café que ya a esas alturas estaba casi frío.

—*Nuestra experiencia, nuestra unión quedó en este libro.* —Tomó el pequeño libro y se lo entregó a Ángela.

Mientras ella lo observaba, él se levantó y devolvió la bandeja a la trastienda. Esta vez volvió con una carpeta. Después de sentarse estuvo uno minutos ojeando varios dibujos, que parecían tener la antigüedad de aquel libro.

—*Como las cosas hermosas, todo dura poco y así nos pasó. Su padre enfermó y se tuvieron que marchar de aquí, pero antes me dejó que la dibujara desnuda con la condición de que aquel dibujo fuera la portada de su historia. Meses después de dibujarla, la familia se marchó, e Isabella desapareció entonces de mi vida. Yo, quise regalarle el dibujo, pero se negó, me dijo que concluyera la portada y que algún día volvería a terminar de escribir aquella historia que ella misma comenzó a escribir.* —Unas lágrimas brotaron, entonces, de aquellos arrugados ojos.

El anciano extrajo una hoja de la carpeta y se la entregó a Ángela, mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo de su chaqueta para secar sus lágrimas.

La sorpresa de Ángela no hacía más que acrecentarse por momentos. Sus dedos sostenían el papel y plasmado en el mismo, su retrato o por lo menos, alguien idéntica a ella cuando era adolescente. Miraba temblorosa al dibujo y al anciano.

—*¡Imposible, Señor! Esta no soy yo, por mucho parecido que le podamos encontrar.*

—*¡Ramón!*

—*¿Cómo?*

—*Mi nombre es Ramón.*

—*El mío Ángela, aunque aún no me ha dicho como lo sabe Usted.*

—*Con su último beso, ella me dijo que un día volvería por el libro, y si no era ella, sabría a quien debía de enseñarle el mensaje.*

—*¿Qué mensaje? ¿La nota?*

—*¡No! Esa nota la escribió para dos personas. Para ella y para ti.* —*La cara de Ángela era un poema, pues cada vez entendía menos.*

—*¿Entonces?*

—*Ella quería que la historia del libro tomara vida, que su personaje fuera real.* —*Fue lo que me insistía, mientras escribía.*

—*¿Volvió a saber de ella?*

—*¡Jamás! -Guardó silencio por unos segundos- Pero hace muchos años, creo que aún tú no tenías el año de vida, entró en esta librería, una joven pareja con una niña en brazos. Querían un libro en particular, más bien, un cuaderno de esos que tienen la apariencia de un libro, querían hacerle un diario a la pequeña para cuando fuera mayor. Nada de extraño por aquellos años. Me pidieron si podía grabar dos nombres en aquel cuaderno, a lo que les indiqué que, sí. El nombre en la portada era el de la niña, Ángela San Martín García. Entonces la joven madre me dijo que el otro nombre debería de grabarlo en el interior de la portada, pero si color, solo grabarlo. Pese a lo extraño accedí, entonces ella me dictó el nombre que debería figurar, Isabella. Podría ser otra Isabella pero aún así el nerviosismo afloró en mis rostro. Por aquel entonces mi difunta esposa me acompañaba aquí, y sin proponérmelo, ambas mujeres tomaron amistad, de esta forma pude saber que aquella Isabella, era la mía, bueno, fue mi Isabella de la adolescencia.*

—*Mi abuela, por parte de mi madre, murió siendo yo muy pequeña, no la llegué a conocer. En mi casa siempre se referían a ella como, María. Y de ese diario, yo recuerdo uno así, con*

*mi nombre, pero no tiene nada grabado en el interior de la portada.* —Afirmó rotundamente ella.

—*¡Mi joven niña! Cuando lo tengas, toma un lápiz y pásalo suavemente por el contorno más largo del interior de la contraportada, pegado a la zona de encuadernación, quizás te sorprendas.*

—*¡Bueno! Que me tiene Usted en ascuas. ¿Cuál es ese mensaje del que me hablaba antes?*

—*¡Siempre se te han pasado los pequeños detalles, por esa impaciencia tuya, criatura! Tienes mucho de ella, no solo su belleza, su físico...*

El anciano, Ramón, sabía que llegaba a su fin aquel tiempo en el que ha estado guardando celosamente el regreso de su Isabella o el de Ángela

—*Dale la vuelta a la hoja y lee.*

Ella giró la hoja y vio un pequeño texto con la misma caligrafía que en el pequeño libro, una caligrafía casi desgastada por el tiempo.

Aquel texto decía.

*«Mi querida niña, si no soy yo quien está leyéndote esta nota, habré guiado tu corazón hasta la librería y ya has conocido “la Hora de Papel”. Habrás visto que está a medio terminar. Es tu vida la que comencé a escribir hasta el momento justo de ahora, ahí sentada con Ramón. Este mensaje es para advertirte, es el momento de que cambies el rumbo de tu vida, porque de lo contrario, te llegará la hora de papel, esa en la que acabas siendo simplemente el personaje de un libro, olvidado en un estante cualquiera de una vieja librería, algo inmaterial. ¡No cometas ese error, mi pequeña flor!»*

*Siempre estaré allí donde vayas*

*Te quiere, Isabella*

*P.D.: “Ahora te toca cuidarnos, Ramón ya cumplió. ¡Cambia! y dale un final feliz a “la Hora de Papel”*

Después de tantos años su abuela María, *Isabella* en aquellas cartas, le hablaba. Dejó el dibujo sobre el mostrador y se secó las lágrimas. Entonces se percató de que Ramón no estaba, así que lo llamó, tímidamente primero, con más ahínco el resto de veces, pero solo el silencio obtuvo por respuesta. Un silencio en el que pudo escuchar el latir de su corazón acelerado, acompañado con su respirar entrecortado.

Se levantó y entró en la trastienda, pero allí solo estaba ella. Echó un breve vistazo al lugar y se giró para salir de allí, cuando se fijó en un retrato colgado en la pared que dividía la trastienda del resto del local. La curiosidad la llevó a acercarse, en el retrato una pareja de adolescentes posaban abrazados por la cintura. Pudo reconocerse en el rostro de ella, pero sabía que se trataba de *Isabella* y el joven era sin dudas, Ramón. Se les veía felices, con el brillo en sus miradas que solo el amor podía mostrar. Se llevó los dedos índice y corazón de su mano derecha a sus labios, besándolos, los posó sobre el cristal de la fotografía.

Un sobre blanco con su nombre, sobre una pila de libros bajo el retrato llamó su atención. Lo tomó y extrajo una cuartilla de su interior. La letra debía de ser de Ramón.

—Mi querida niña. Mi misión cuidando a *Isabella* ha finalizado en este mundo, ahora te toca a ti, cuidarnos. En la carpeta de los dibujos podrás encontrar algunos sobre *Isabella* y mio, además están las escrituras de la librería a tu nombre, junto con mi testamento. Como dice *Isabella*, esta es tu oportunidad para que no te conviertas en un personaje de papel. Pero eso depende de ti. ¡Cuídate mi niña!

Ángela se guardó el sobre y se acercó al mostrador, pero solo tomó el dibujo de *Isabella*, después cogió las llaves y cerró la puerta. Se acercó a la ventana.

—*Pronto volveré...* —Y se alejó calle arriba.